

y quedó inmóvil; fué un abandono repentino de su voluntad y de su imaginación fatigadas, se olvidó de todo y sólo pensó en ella... que estaba entre sus brazos, brindándole placeres... Y la reacción brutal, llegó instantáneamente; la hembra volvió a ofrecerse a sus ojos y entonces la poseyó; una posesión intensísima, cual si en ella hubiera querido desquitarse con creces del cruel martirio que sufrió antes de readquirir sus fueros de macho vigoroso.

Aquella anomalía se repitió en las entrevistas siguientes, y como a la vergüenza de su debilidad se aunaba la preocupación constante de la misma, su tormento crecía. Una vez, cansado de luchar contra su carne inerte, dejó la habitación a oscuras para no ver el cuerpo de Matilde, y merced a este aminoramiento de sensación pudo recobrase; otro día, obtuvo idéntico resultado absteniéndose de desnudarla, para debilitar la impresión táctil; o suplicándole que no hablase, para que la conversación no ahuyentase el deseo sexual. Pero bien pronto su neurosis se recrudeció; pues aunque Claudio podía disimular a su antojo la intensidad de sus emociones, en su cerebro perturbado germinaban miríadas de cerebraciones inconscientes y su imaginación revoloteaba de un punto a otro, distrayendo la atención y evitando la explosión franca del deseo. Todo esto determinaba descargas nerviosas que le dejaban extenuado como si acabase de gozar una noche de amor; le dolían los riñones y la cabeza, se le acentuaron las ojeras, sentía frío; y bien pronto sus antiguas neurosis, la claustrofobia, la afasia y la obsesión del ángel dantesco, reaparecieron con mayores bríos...

—Estoy loco—decía—; esta pobre cabeza no funciona bien y probablemente moriré en un manicomio. ¡Y tú tienes la culpa, Punto-Negro...!

tú, que no me das ese hijo que deseo y que me ama con una pasión prudente, que no quiere compromisos. Los celos no me dan treguas; eres mi obsesión implacable, la pesadilla de mis noches; yo moriré loco y tu serás mi verdugo. ¿Es que la vanidad de tu belleza exige más hombres, más víctimas...? Has matado a dos, ¿necesitas un tercer cadáver...?

Estas conversaciones y los visibles estragos que la locura hacía en el cerebro del pintor, preocuparon a Matilde Landaluce, y como en su espíritu meridional todo lo extraordinario ejercía gran imperio, quiso rasgar el porvenir preguntando a las cartas.

La maravillosa conferencia se verificó en el comedor, después de cenar. Doña Carolina se había acostado y Pablo dormitaba sentado en un sillón, junto a la chimenea, las piernas extendidas y el rostro oculto tras el embozo de su capa; en el silencio del hotel repercutía el isócrono tic-tac de un reloj.

Matilde cogió la baraja con la mano derecha, luego la pasó a la izquierda y empezó a barajar rápidamente y con todo el arte gitanesco que las adivinatoras derrochan en estos ejercicios; después partió, poniendo encima el montón que antes estuvo debajo, y fué extendiendo los naipes en líneas paralelas hasta formar doce montoncitos. El libro del Destino quedaba abierto: en la primera fila de cartas, y procediendo de derecha a izquierda, estaban el dos y el rey de copas, el as de bastos, el cuatro de oros, el siete y el cinco de espadas; y sucesivamente el dos de oros, la sota de bastos, el nueve de espadas, el as de copas, etc., etc... Aquel dos de copas colocado al revés anunciaba contratiempos, calamidades innumerables, y el rey de copas, apareado con el as de bastos, indicaba pesadumbre y remordimientos.



Matilde Landaluce amoldó fácilmente a su situación tales profecías, porque sus desventuras eran muchas, pues tenía que vivir lejos del hombre objeto de su pasión; y remordimientos... ¡vaya si sufría...! el de no ser buena esposa y verse condenada a sacrificar su virtud a su placer, y el de haberse entregado a hombres a quienes no quiso empleyeciéndolo y deslustrando con sus liviandades la pureza de su apellido... El cuatro de oros aconsejaba prepararse para grandes y arriesgadísimas empresas; el siete de espadas la alegró, porque en el galimatías nigromántico indica próximo nacimiento: el cinco de espadas la dejó perpleja por las múltiples interpretaciones a que se presta, según el estado, edad y relaciones de la persona consultante. Pero era indudable que iba acertando en la traducción de las cartas, porque el ocho de oros que seguía significaba mujer morena; es decir, ella. Matildita Landaluce, a quien se refería toda aquella revelación. El siete de copas no supo comprenderlo; el dos y el seis de oros confirmaban la halagüeña esperanza del siete de espadas.

Entonces se detuvo, repasando los naipes mentalmente, temiendo confundirse; mas no había cuidado; el Destino estaba allí, transparentándose con una claridad de letra impresa.

La sota de bastos anunciaba niños y secretos interesantes que tardarían en descubrirse; la de oros, dolores y escándalos; el nueve de espadas, misa de difuntos... La joven quedó aterrada ante aquella revelación que derribaba el andamiaje de ilusiones que su cabecita iba construyendo; sintió frío, un frío repentino, insano, de supersticiosa, y se frotó los ojos, pareciéndola que las nueve puntas de aquellos puñales pintados punzaban sus pupilas.

Matilde Landaluce creyó que la profecía del

horóscopo terminaba allí, y empezó a repasar los naipes consultados. ¡Y no mentían...! Aquel ocho de oros, símbolo de una mujer morena, era ella, que quedaría embarazada muy pronto, según indicaban el dos y el seis de oros y el siete de espadas; este secreto tardaría mucho en averiguarse, si no mentía la sota de bastos, y los dolores que presagiaba la de oros, serían los del alumbramiento... Matilde cerró los ojos sintiéndose feliz; después volvió a examinar los naipes, preocupada por el trágico nueve de espadas, signo de malísimo agüero; y lo miraba obstinadamente, con ojos de loca, queriendo conocer lo irresoluble a través de la delgada cartulina. Mas con lo sabido bastaba, y sólo pensó en el venturoso dos de oros, agorero de su embarazo...

A la tarde siguiente refirió a Claudio Antúnez, cuanto las cartas le habían comunicado.

—¡Punto-Negro! — exclamó el pintor — ¡tú crees en esas truhanerías!...

—Chico, yo... así, así... Pero el vaticinio es tan bonito, que nada se pierde en acariciarlo como verídico. ¡Toma!... ¿Y por qué no habíamos de tener un hijo guapo, fuerte y talentoso como tú?... Nuestro Destino va por ahí.

Así transcurrieron los meses y llegó el de mayo, y Claudio, sumido en un marasmo que las voluptuosas sensaciones alargaban indefinidamente, aplazó su matrimonio con Amparito Guillén hasta principios de invierno, diciendo que sus negocios iban mal y que necesitaba, por lo menos, un semestre, para conciliar su amor con el eterno problema gastronómico de la vida.

De estos secretillos íntimos estaba al tanto Matilde Landaluce, cuya política se reducía a impedir ladinamente que Claudio se casase. Antúnez sentía por Punto-Negro una pasión enfermiza que se renovaba y crecía diariamente. A su jui-



cio, hay mujeres vulgares a quienes se posee de una vez; seres adocenados, simplicísimos, cuyas cortas ideas se conocen en seguida, y cuya belleza se apura en un abrazo, porque no tienen el don de dulzurar el deleite con sabias exquisiteces, y son a modo de sacos de paja o de libros insulsos que se arrojan desdeñosamente después de leídos y sin dejar en la memoria ningún pensamiento; y otras, en cambio, desenvuelven tal gracejo en su trato y tan cortesana truhanería, que siempre ofrecen algo nuevo o, por lo menos, modificado, que sirve el amor de poderoso aperitivo; mujeres inagotables que tienen, como Proteo, la capacidad de transformarse, y trampillas y mágicos resortes y rinconcillos ignorados, como las cajas de doble fondo de los prestidigitadores.

Matilde Landaluce era una de esas mujercitas milagrosas que nunca se poseen. Ella sabía que la eterna mutabilidad de la naturaleza, es lo único eterno, y conociendo que la novedad es la única aliada más poderosa del deseo, hizo con sus atractivos lo que las muchachas hacendosas con sus trajes: que los tiñen, vuelven y modifican de tal guisa, que quede debajo la parte que estaba encima y parezca nuevo lo que anduvo a punto de ser desechado por inservible; y con este propósito remozaba su conversación, y se rendía con un recato que, sin degenerar en ridícula mogigatería, daba a aquel acto tan obstinadamente repetido, encantos que la satisfacción del deseo no podía desvanecer.

—Tu cuerpo—decía el pintor—parece una ilusión; un ideal inasequible que me atrae desde lejos con su mentirosa luz: cada día te encuentro más bonita; hoy no eres como ayer y mi desventura es tal, que nunca puedo poseerte a mi gusto.

Ella, comprendiendo claramente lo que aquellas ansias significaban, reía como mujer que sabe

dominar la situación; y entonces, para concluir de sugestionarle, clavaba en los de Claudio sus ojos perversos, le sujetaba la cabeza entre sus gráciles manecitas y empezaba a besarle lentamente, cosquilleándole las encías y las comisuras labiales con la lengua, procurando morderle los dientes, para que el áspero crujido del esmalte fustigase el deseo con histérica sacudida; soplando dentro de su boca y sorbiendo ávidamente su aliento sofocándole con tenacidad enloquecedora...

—¡Chico, qué bien!...

Matilde continuaba utilizando la benéfica sociedad donde había ingresado, como escudo de salidas, pero cuando se formalizó el verano, doña Carolina y Pablo Estrada se aliaron para no dejarla escapar, y a pesar de sus enérgicas argumentaciones quedó vencida, y sus entrevistas con Claudio volvieron a ajustarse a horas y días determinados.

Los domingos se reunían en su cuartito del Paseo de Santa Engracia; si entre semana Matilde venía a Madrid, arreglaba sus asuntos de modo que la quedase tiempo para ir a casa de Antonia Carrasco, y por las noches se veían, como el año anterior, en la explanada de Cuatro-Caminos, frente al hotel. Cuando Antúnez volvió a vestir la blusa y las alpargatas que estuvieron olvidadas en un armario durante el invierno, y experimentando idénticas impresiones a las que recibiera recorriendo por primera vez aquel camino, llegó al campo de sus peligrosas operaciones y tornó a sentarse en el duro suelo, agostado por los rayos del sol estival. Nada había cambiado: el hotel seguía allí, con su verja, sus pabellones y sus floridas y odorantes enredaderas: Matilde y su familia charlaban con otros vecinos al pie del farol, cuya luz mortecina temblaba a impulsos del viento; en la obscuridad surgía medrosa la silueta



del molino, con sus aspas enormes; allá, en los confines impenetrables, ladraban los perros: encima, las estrellas proseguían en misteriosas eclipses su marcha eterna y triunfante: la misma frescura, los mismos ecos, las mismas escenas en la tierra; en el cielo, idéntica y perdurable majestad: hubiérase dicho que aquel pedazo de la creación no cambiaba y permanecía allí, embalsamado, sustrayéndose, como las momias, al vértigo inacabable de la vida. Claudio Antúnez acudía todas las noches a aquellas citas y regresaba a Madrid muy tarde, entontecido y arrastrando los pies a lo largo del camino polvoriento.

A mediados de agosto, la salud y el buen juicio del pintor estaban tan quebrantados, que Matilde Landaluce, que le estudiaba atentamente, se asustó. Claudio necesitaba placeres tranquilos y un trabajo higiénico, que corrigiese las melancólicas propensiones de su espíritu.

A fines de septiembre, estando una tarde los dos en el estudio, él satisfecho de la docilidad con que sus nervios habían obedecido a su deseo y ella muy ufana de hallarse ahita de amor, Matilde, con una brusquedad que parecía envolver una sorpresa, exclamó poniendo sus manecitas en los hombros de Claudio y mirándole fijamente a los ojos.

—¿Cuándo te casas?...

El quedó perplejo, sobrecogido por la pregunta y buscando una evasiva para no responder.

—Aún no lo sé; el día *menos* pensado...—dijo subrayando la palabra.

Ella no contestó: hizo un gesto de despreciativa resignación, tosió disimulando un suspiro y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—¿Por qué lo decías?—preguntó Claudio.

Matilde callaba, con deliberado propósito de

hacerse rogar mucho. Luego murmuró, poniendo en cada frase un prestigioso retintín.

—Me da vergüenza.

—¡Vergüenza, Punto-Negro!... ¿Y de qué?...

—De que me veas la cara mientras hablo.

—¡Famosa ocurrencia! — exclamó Antúnez riendo—, pues, respeto tu aprensión; confíesate con el rostro tapado.

Ella reía también, pero con un gesto forzado de niña mimosa y soboncita; al fin, se decidió.

—Sabrás que la profecía de los naipes empieza a cumplirse: el primer barrunto lo tuve hace nueve días y no quise decir nada para no alegrarte en vano. ¿Entiendes? Creo que vamos a tener un rorro...

Antúnez la cogió por los brazos y la separó un poco de sí, para verla mejor.

—¡Punto-Negro de mi alma!...

Y no se le ocurrieron otras palabras; condensando en aquella alegre exclamación sus anhelos paternales, el excelso regocijo que le causaba la fecundidad de su amor, sus queridos ensueños convirtiéndose en palpitantes realidades.

—¡Chiquita, la magnitud de esa venturosa noticia me atonta!... ¡Ser madre!... Si parece un cuento... ¿Y qué relación hallas entre esto y mi matrimonio?...

La joven se encogió de hombros, como mujer prudente que no quiere hablar.

—Tú—prosiguió Claudio—eres el amor insustituible que llenará con su recuerdo toda mi historia, y el hijo que genere en ti, será el preferido, el hijo por antonomasia, mi mejor obra... ¡Punto-Negro mío...! Desde hoy el sol va a salir sólo para alumbrarme a mí...

Estaba tan emocionado que no podía hablar; ella, sobrecogida también de súbito, rompió a llorar de alegría.



—¡Chico, qué bien!

Desde aquel día, Matilde Landaluce tuvo para Claudio nuevos hechizos, y la interrogaba continuamente por el desconocido ciudadano que preparaba en el claustro materno el equipaje con que había de presentarse en el mundo nueve meses después; y observando la lánguida expresión de su rostro amarillento, sus vómitos biliosos y la pronunciada tumefacción de los pechos, no se atrevía a abrazarla, temiendo lastimarla; la trataba con refinado agasajo, procurando sacar de los detalles más nimios, conclusiones que le asegurasen de la veracidad del embarazo y reía como un chiquillo si ella se quejaba de mareos o de náuseas.

Este suceso modificó poderosamente el carácter de Claudio; la figura de Amparo Guillén se empequeñecía en su memoria, pareciéndole que la dejaba muy atrás, confundida con los primeros recuerdos juveniles, y vivía inquieto, en perpetuo desequilibrio, con el espíritu sumido en un nimbo de ilusiones perladas, esperando algo extraordinario, seguro de que aquella novedad arrastraría consigo otras no menos milagrosas y halagüeñas. Luego, según fué acostumbándose a la idea del embarazo, tuvo celos de aquel hijo, como antes los tuvo de su madre. ¿Sería suyo...? Y esta duda, tan lógica tratándose de una mujer casada, le aterró; tanto más, cuanto que su delicadeza no osaba preguntar a Matilde acerca de punto tan quebradizo. Su desconfianza creció rápidamente; hasta tuvo vergüenza de haber cogido con tanto júbilo la noticia del embarazo, recelando que la joven se hubiese reído a solas de su candidez, y cuando ella le hablaba de su hijo, Claudio, turbado, no sabía qué responder. Al fin, sus celos sobrepusieron a su miramiento y abordó

la cuestión, si bien con habilidosas pleguerías de doctor en diplomacia.

—Dime, Punto-Negro. ¿Tú crees que ese hijo se parecerá a mí...?

Aunque había expresado su pensamiento con exquisita mesura, Matilde apreció el largo alcance de la pregunta, porque el gesto y la voz temblorosa del pintor desautorizaban el comedimiento de sus palabras.

—Sí, se parecerá—repuso la joven—; es tuyo, tengo esa evidencia inquebrantable.

Entonces, dando a sus confesiones un tono de seductora ingenuidad, le refirió las escenas ocurridas en aquel gran lecho de nogal donde Pablo aventuraba inútilmente tímidas caricias, los motivos que ella imaginaba para disculparse, la repugnancia con que soportaba sus besos y las artes de que se valía para evitarlos.

Los abusos eróticos de Claudio habían relajado de tal modo su tonicidad nerviosa, que sus equilibrios se afianzaron hasta provocar un caso de verdadera locura.

El primer síntoma concreto de enagenación mental apareció después de un mayor exceso de trabajo y de placer.

Salía de su estudio, y al bajar la escalera vió a su izquierda y en el suelo, un agujero negro como una sima; él, sorprendido, retrocedió, miró mejor y no vió nada; entonces continuó bajando, sin explicarse tan extraño fenómeno, y al salir a la calle la visión se repitió; sobre las piedras de la acera, aquel pozo sin brocal le atraía con el misterio poderoso del abismo. La ilusión fué tan completa que Claudio lanzó un grito, creyendo que iba a caer, y durante el paseo la terrible alucinación de Pascal se repitió con insistencia desesperante, obligándole a cada momento a detenerse; en vano quería sobreponerse al terror que



iba invadiéndole, y ante aquel hueco siniestro, sus piernas, paralizadas por el miedo, permanecían rígidas, insensibles a los mandatos imperiosos de la voluntad.

Por la noche, desesperado de estar así y convencido de que todo ello era un antojo, se emborrachó para no pensar. Acostóse muy tarde, con la boca reseca por el ron, y se durmió con sueño intranquilo; después despertó sobresaltado por un ruido que venía del cuarto de arriba. Claudio, completamente despierto, pensaba en Punto-Negro y en su hijo, mientras sentía llorar al hijo del vecino. De pronto le pareció que a su izquierda, en el estrecho espacio comprendido entre el lecho y la pared oscilaba una sombra: cuando más miraba, mejor aparecían los contornos de la silenciosa figura, y sucesivamente fueron bocetándose en la penumbra la cabeza, la curva de los hombros, el busto...

Era un ángel, igual a los descritos en los libros místicos; un ángel negro, con rostro de mujer, que permanecía inmóvil, envuelto en negras vestiduras, las alas plegadas a la espalda y las manos cruzadas sobre el pecho. Aquella mujer era morena; tenía la cabellera crespa y flotante, desplomada sobre los hombros, la frente pequeña, los ojos grandes, los labios delgados, el semblante ovalado y pálido, cubierto por ese tinte amarillento característico de los enfermos del hígado; y sin contraer ningún músculo facial sonreía con expresión mefistofélica, acariciando al pintor bajo una mirada pensativa.

Antúnez cerró los ojos, procurando sustraerse al influjo enervante que en él producía su alucinación; luego se incorporó sofocado por una molesta opresión en la garganta: el ángel negro estaba allí, sobre el lecho, tan cerca, que le tenía

enlazados sus brazos al cuello, y sentía en las mejillas su aliento tibio. Claudio reconoció inmediatamente aquel rostro de mujer que antes, en la penumbra, sólo pudo vislumbrar; era Matilde Landaluze disfrazada de espíritu ultramundano.

La degeneración que la inteligencia de Antúnez hubo de sufrir para engendrar aquella alucinación dantesca es, por lo larga e intrincada, casi inexplicable. Aquel ángel negro, expresión concreta de su locura, era el fruto híbrido de una existencia minada por el trabajo, los excesos imaginativos, los abusos alcohólicos y los deleites; y por eso tan extraña visión tenía reminiscencias de los asuntos que más cautivaron la atención de Claudio: rasgos de Matilde, su obsesión amorosa y perfiles de aquella imagen inspiradora vaga de sus cuadros; formando entre ambas una alucinación terrible, que tenía por estirpe o prosapia las dos grandes preocupaciones de su historia, y que al fin parecían reunirse en disparatado consorcio.

Antúnez contemplaba al ángel negro que por arte mágico había substituído al abismo que le persiguiera durante todo el día, como si la temerosa sima se hubiese cerrado después de engendrarlo. Bien pronto aquella Matilde imaginaria trocóse en una de esas alucinaciones lujuriantes que turban las noches de los eróticos, y que agravan su mal, debilitándoles con mentidos halagos. Claudio experimentó el dulce contacto de sus brazos acariciadores, el calor de su cuerpo, el cosquilleo que en sus pupilas causaba la alocada relampagueante expresión de aquellos ojos seductores, y sintió que su lujuria despertaba, estremeciéndose de pies a cabeza, como si estuviese sometido a una intensa corriente galvánica. Fué una situación difícil que duró pocos segundos; el ángel continuaba silencioso, torturándole con su mirada y su sonrisa; después unió sus labios a los



del pintor; era el beso de Matilde: succión terrible, larga, voraz, que no concluía nunca...

Y cuando el espasmo hubo pasado, la visión desapareció, esfumándose en las tinieblas de la alcoba dejándole apoltronado, jadeante, como si acabase de hacer un gran esfuerzo. Jamás sintió Claudio impresión voluptuosa semejante: porque aquello fué la posesión simultánea de su ideal artístico y de su querida idealizada; la satisfacción de sus anhelos mayores consumada en un instante de vertiginoso deleite; ensueño pecaminoso de púber que distrae el ardor de su reprimida soltería con legiones fantásticas de mujeres desnudas.

Aquella alucinación se repitió en noches sucesivas y cada vez con caracteres más acentuados: se aproximaba al lecho, cogía la cabeza de Claudio entre sus manos, le enardecía con su aliento, y sólo cuando el deseo carnal quedaba satisfecho, su hipermenesia imaginativa declinaba y el ángel negro desaparecía. El golpe mortal estaba dado, y aquellas alucinaciones eróticas continuas, hirieron la razón del desventurado artista con locura incurable.

Cuando Matilde Landaluce supo la historia del ángel negro, sus efectos y la frecuencia de sus apariciones, quedó aterrada. Aunque ningún otro motivo la hubiese ligado a Claudio, siempre le hubiera querido por ser padre del feto que se sentía rebullir en sus entrañas: aquel hijo tan deseado, que Antúnez formó en un instante de delirio y que probablemente heredaría los desequilibrios mentales de su padre. Discurriendo así, Punto-Negro padecía remordimientos feroces que atenaceaban su pensamiento, y cuando Claudio quería poseerla, ella se resistía.

—¡No, nunca, no quiero! —decía—; bastantes

crímenes pesan ya sobre mi conciencia; mi amor te pierde... ¡déjame...!

Esta catástrofe que su previsión no supo evitar, la aterraba; ella hubiese preferido verle muerto o casado, antes que loco. Comprendiendo que jamás tendría fuerzas para resistir a los deseos de Claudio, procuró conmovérselo y asustarle.

—¿No temes — decía — morir sin asegurar el prestigio de tu nombre y sin conocer a tu hijo...?

Antúnez, que ya no ambicionaba laureles, sonreía con la indiferencia resignada de un musulmán.

—Tú vives en mí—respondía—, y si no me matas, me matará el ángel negro que llevo aquí dentro. La vida, Matilde, tiene exigencias brutales: el público que asiste a una corrida de toros, excitado por el sol, la bulla y la sangre, ruga enfurecido: «¡Caballos, caballos...!» Yo, embriagado por tus encantos, pido: ¡amor, amor...! Y cuando me complaces, el deleite espolea mi lujuria y sigo gritando: ¡más, más, más...! ¿Qué quieres...? El amor es un dios inhumano que, como el Meloch de los fenicios, exige víctimas; tú, bien lo sabes, pues mataste a otros. Recuerda que no hay mujer hermosa que no haya emulado a Cleopatra alguna vez, y cumple tu misión, sacrificándome. Dices que desvarío, ¿y qué...? mi gloria eres tú. Cuerdo, te sacrificué mi razón; loco, quiero sacrificarte mi vida... ¡Sigue, Punto-Negro, matándome aprisa...!

## XIII

Matilde supo la terrible noticia repentinamente. Aquella mañana se levantó tarde y malhumorada, pensando en Claudio, a quien esperó inútilmente en el Paseo de Santa Engracia tres días